


LETRA X LETRA
~ CUENTO ~



¿Le molesta mi silencio?

Francisco Javier Saldarriaga Gómez



Saldarriaga Gómez, Francisco Javier, 1976-
¿Le molesta mi silencio? / Francisco Javier Saldarriaga Gómez – Medellín:
Editorial EAFIT, 2024
230 p.; 21 cm. (Letra x Letra. Cuento).

ISBN: 978-958-720-922-8
ISBN: 978-958-720-923-5 (versión EPUB)
ISBN: 978-958-720-924-2 (versión PDF)

1. Cuento colombiano – Siglo XX. I. Tít. II. Serie.

C863 cd 23 ed.

S162

Universidad EAFIT - Centro Cultural Biblioteca Luis Echavarría Villegas

¿Le molesta mi silencio?

Primera edición: septiembre de 2024
© Francisco Javier Saldarriaga Gómez
© Editorial EAFIT
Carrera 49 No. 7 Sur - 50
<http://www.eafit.edu.co/editorial>
Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-922-8
ISBN: 978-958-720-923-5 (versión EPUB)
ISBN: 978-958-720-924-2 (versión PDF)

Edición: Marcel René Gutiérrez
Corrección de texto: Juana Manuela Montoya
Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria
Imagen de carátula: <https://www.freepik.es>

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158, emitida el 13 de febrero de 2018

Editado en Medellín, Colombia



Contenido

Ladrón propio	9
Serenidad y paciencia	31
Pesadilla de un seductor acabado por la crisis social del país	71
El Careador	91
Las escalas	123
Polvo de estrellas	151
¿Le molesta mi silencio?	177
Coda	229

El inconsciente no es una reserva de pulsiones salvajes que han sido domesticadas por el yo, sino el lugar donde una verdad traumática habla. [...] “Tengo que atreverme a acceder al lugar de mi verdad”. Lo que “allí” me espera no es una verdad profunda con la que tengo que identificarme, sino una verdad insoportable con la que tengo que aprender a vivir.

Cómo leer a Lacan, Slavoj Žižek



En esta lista de reproducción encontrará algunas canciones que pertenecen al universo narrativo de los personajes de estas historias.



Ladrón propio

Allá al frente, recostado en la pared de la esquina está el Bigotudo. Esperando. Esperándome. Dividido en dos por la lámpara del poste: mitad sombra, mitad luz. Difuso por la neblina que inunda la noche. Se frota las manos, tratando de calentarlas con el vaho que sopla de su boca. La calle es una herida abierta, recta, atravesada por un largo y hondo agujero que se pierde en la oscuridad; custodiada por dos retroexcavadoras amarillas, como alacranes metálicos. En su orilla, grandes tubos blancos forman una pirámide de enormes crayolas. Y de este lado, trozos de pavimento son piezas de un rompecabezas deshecho, sobre montículos de barro con olor a cañería. Oculto de su mirada ladina, agazapado como detrás de una trinchera, yo espero que caiga otra víctima antes para poder entrar a mi casa...

¡Aunque no se ve ni un alma!

De pronto, la luz de una linterna me obnubila. Pongo las manos de pantalla y descubro a un viejo, de barba rala y canosa, empackado en una ruana gris, con el cuello envuelto por una bufanda roja.

—¡Quieto ahí! —me dice blandiendo un machete.

Levanto los brazos, pidiéndole que no me haga nada.

—¿Muchas ganas de robar o qué?

Le trato de explicar... Le pido que me acompañe hasta la puerta de mi casa que queda ahí, al frente no más.

—Me va desocupando ya —me responde más frío que las ráfagas de viento.

Le ofrezco una liga por resguardar mi salud y mi bolsillo. Pero a él no le importa ninguna recompensa, ni mi vida, ni nada. ¡Qué le va a importar!

—Y si lo vuelvo a ver por aquí lo cojo es a planazos —me advierte.

Como un polizón condenado por piratas, avanzo con el machete picándome la espalda hacia unos tablones que atraviesan el oscuro agujero que corta la calle.

—¿No le importa que me esté arrojando a la boca del lobo? —le pregunto al celador.

Y me responde mientras cruzo al otro lado, sin palabras. Le basta esbozarle una sonrisa cínica al Bigotudo quien arquea su mostacho en una mueca de complacencia. Este dobla su índice sin uña indicando que me acerque. Doy un par de pasos lentos entre un charco y amago con salir corriendo, pero sus reflejos son más rápidos que mis trémulas intenciones y me intercepta.

—Hagámoslo fácil. —Del bolsillo de la chaqueta me muestra el filo brillante de su navaja.

—Pues ya no más —lo desafío—. Si me va a chuzar, déjeme como un colador porque no tengo nada.

—Escúlquese —me contesta tranquilo con la mano dentro del bolsillo.

—Nada. Y hasta aquí llegamos. —Me envalentono.

—Mirá como está de alzado, ¿cómo es pues? —Saca su navaja.

—Haga lo que quiera. —Le estiro el cuello mientras él se peina el bigote con los dedos.

—Después cuadramos esta y la próxima.

—Ah, no. Ninguna próxima. Usted se va conmigo para la tienda de la esquina. Vamos a pedir una media de aguardiente y resolvemos esto ya; hablando como la gente, o mande la puñalada.

El tipo levanta el bigote con un puchero que descubre sus labios morados y carnosos.

—A mí no me gusta el aguardiente.

—Entonces ron.

—¿No pues que no tiene nada?

—... en la tienda me fían.

—¿Pues sabe qué?... —Achina su mirada y acaricia el filo de la patecabra con el pulgar—. ¡Se la ganó!...

... La primera noche, me agarra distraído por la espalda, a dos cuadras de casa. En esa calle oscura y solitaria, me apercuella, me pone la punta de su navaja en el hígado.

—A ver pues, maricón, la plata —me dice.

Aun así, no me alcanza a robar todo porque, de puro montañero, me metí lo del mercado entre las medias.

—Y cuidadito voltea porque lo pico —me advierte.

Se esfuma entre las sombras. No verle la cara es lo que más me impresiona. ¡Qué habilidad para mantener el misterio!, tanta que no vuelvo a salir de noche. Paso los días tratando de reconocerlo en las caras ajenas que frecuentan la Caracas. Pienso confiado que un rayo no cae dos veces en el mismo lugar o que a un toro no lo capan dos veces. Pero el Bigotudo me demuestra que puede caer en el mismo sitio y caparme las veces que le dé la gana.

Por eso la segunda vez es más romántica. Va un poco más lejos... por el parque de Lourdes. Me abraza por detrás y me pone la punta filosa esta vez en el corazón. Si le veo la cara es gracias a los travestis del *grill* de la esquina, que le gritan que me suelte, aunque tampoco mueven un dedo. Al menos le veo su espeso mostacho negro, el pelo lambido de lado, brillante como cantante de tango, esa cicatriz que tiene en el mentón y su presencia flaca, larga, desgarrada con una ligera jorobita.

—No digás nada. Si gritás, te chuzo —me advierte esa vez, antes de correr con los veinte mil pesos que me quedan para los pasajes de la semana.

Y se pierde dando ágiles saltos; sorteando los huecos de la calle en obra, para no manchar de lodo los mocasines blancos de charol que relumbran de betún Griffin.

Al menos esa vez me trata con más confianza.

Nada como la tercera, en la que me demuestra su interés y persistencia. Trato de escabullirme probando nuevas

rutas de bus; dando vueltas por otras cuadras para evadirlo. Pero él responde a mis esquivas tentativas pisándome los talones; yo escondo la cabeza en una esquina y él la saca, yo que la saco y él que la esconde, como bailando un bambuco. Hasta que me corta el impulso con un pasillo, en una gambeta cumbiera se me atraviesa como un torbellino y me da mi mapalé. En esa oportunidad se me para al frente, me toma la solapa de la chaqueta y me permite hablar.

—No joda, hermano, ya van tres veces en menos de un mes. Míreme, ¿acaso no me distingue?

Pero no hay joropo que valga. No solo se toma el atrevimiento de esculcarme en los bolsillos para sacarme cinco mil miserables pesos, sino que me regala una sonrisa para romper el hielo.

—Y que sea la última vez, ¡eh! —le digo envalentonado.

Pero no es la última. Para la cuarta me sigue de cerca, acechándome sin que yo me dé cuenta... cuando me doy por bien librado, me toca el hombro justo en la entrada de la casa. Ni se molesta en sacarme la navaja. Aquel sustico inicial se diluye y me saco los bolsillos del pantalón para que compruebe que solo me quedan pelusas.

—Hoy sí me cogió sin nada, mono.

Entonces quiere saber algo más de mí.

—La billetera —me pide, doblando los dedos. Ahí veo por primera vez sus manos gruesas, callosas, su índice sin uña.

Se toma su tiempo para leer los documentos y revisar mis fotos, que va tirando al piso como cartas de un naipe.

—¿No tiene tarjetas de banco?

—Si por mí fuera, lo llevaba a que me diera un paseo millonario.

—Bien hecho, esos bancos son muy ladrones —me contesta comprensivo.

Se lleva mi billetera, no sin antes despedirse.

—Hasta luego, Fernando. —Y se va silbando calle abajo.

Desde entonces, comienza a marcarme tarjeta. Cumple su cita puntual, me espera frente a la puerta de mi casa. Como en la quinta ocasión no cargo ni siquiera los documentos de identidad, me aconseja con tono paternal:

—Uno no puede salir a la calle sin los papeles. Mire que si le pasa algo no hay forma de reconocer el cadáver.

—Déjeme tranquilo. Usted ya vio que me mantengo líchigo.

—Mejor éntrese antes de que me dañe el genio... la próxima vez mantenga alguna chichigua que amerite el gasto.

—Párela ya.

—Ya sabe, no se haga quitar la chaqueta y los pisos.

Ahhh, y todo se vuelve tan predecible... Una semana después me deja apenas con un par de tenis viejos y un saquito de lana, motoso y descocado, para lidiar con el frío capitalino.

Hasta que en la séptima caemos en la rutina de un hábito desgastado, tanto que me provoca confesarle: “Ya no me atracas como antes...”.

—Pues le va a tocar conseguir plata, porque así no podemos seguir —me anuncia preocupado.

“... Entonces terminemos. No eres tú, soy yo”, me provoca decirle. En lugar de eso, busco conmovirlo con una lastimera y patética confesión:

—Gracias a usted estoy haciendo rendir un huevo para toda la semana, a punta de galleta de sal blandita, pasándola con jugo manchatripas. Acabemos con esto o acabe conmigo de una vez —le propongo melodramático y desahuciado.

—Ya veremos, Fernando. Todo a su debido tiempo.

¿Por qué no voy a la policía? ¡Claro que voy! Desde el segundo atraco, cada semana. Al principio me dicen que tengo que poner la denuncia en la Fiscalía, que queda al otro polo de la ciudad. Pero cuando vuelvo con esos papeles, como los robos eran una bagatela, argumentan que muy poco se puede hacer; que aquí la justicia no solo está ciega, sino coja para atrapar a esos cacos.

—... y más nos demoramos en cogerlos que ellos en salir a hacer de las suyas.

Estallo en indignación y les exijo una escolta:

—Si quieren —se las pongo más fácil—, yo vengo y los recojo, para que me custodien hasta la casa. ¡Es su deber y obligación! —les resalto.

—¿Qué fue lo que le robaron la última vez? —me pregunta un oficial gordo sin prestarme mucha atención.

Cómo les digo que nada porque el Bigotudo me tiene exprimido, muy orondos me contestan:

—¡Y toda esa bulla pa nada!... Más bien vamos a hacer algo...

Así que me dan contentillo pasando con la patrulla un par de días después, alumbrando la calle con sus luces intermitentes roja y azul. Hacen un operativo muy visajoso con dos o tres requisas a pelados de bien que se toman una botella de vino barato en una esquina. Para colmos dejan pasar en sus narices al Bigotudo sin decirle nada; a pesar de que se los había descrito con pelos y señales. Y no les vuelvo a ver ni la sombra.

No me queda más remedio que esconderme tras estos escombros de pavimento de la Caracas. Esperar a que el Bigotudo se canse de esperar, y correr despavorido hacia mi casa. Pero esta noche el celador me entrega, y me le enfrento al Bigotudo que me dice:

—¡Se la ganó!...

Así es la vida... Hace nada éramos enemigos acérrimos y ahora parecemos viejos compadres tomándonos esta media de brandi fiada, porque tampoco le gusta el ron. Ni hemos entrado en confianza y ya le voy sabiendo los gustos. Yo le cuento esta porción de vida mía aquí, como guionista mal pagado en esta tierra ajena, y él me cuenta la suya. Me dice que tampoco es de aquí. Que viene de Santander. Lo subraya cada vez que me dice “manito”. Se llama José, lo conocen como Chepe, aunque para mis adentros lo sigo llamando el Bigotudo.

Me cuenta que también llegó como yo, sin cinco, y por una ilusión. Yo vine a escribir un melodrama para televisión y él a protagonizar la tragicomedia de su vida; su drama, venirse detrás de una mujer “lo más de buena”

que le paga “los más de mal” y lo deja por un traqueto en ciernes quien la saca de los cerros de Ciudad Bolívar. Para completar el tango, trabaja de día como albañil y ahoga sus noches en licor. Se resbala una mañana que está enguayabado. Cae de un cuarto piso de un edificio en obra negra. Se jode la columna. Dura varios meses en cama, después no hay quien le responda. En el Seguro Social no le reconocen la pensión de incapacidad porque sus empleadores jamás cotizaron un peso. Nadie le vuelve a dar trabajo. Por eso empieza a robar. Es eso o pedir limosna. El orgullo no lo deja. No quiere terminar metido en el Cartucho ni en el Bronx, porque tampoco le gustan las drogas para evadirse.

—Además del brandi, mi vicio son las putas. Que salen más baratas que tener mujer y echan menos cantaleta —me dice pasadito de copas, o copetón como dice él—. Aunque la verdad es que ninguna puta te parte el corazón... —me confiesa con los ojos inundados por un inusitado arranque de sentimentalismo.

Entrado en confianza, me revela que sabe que yo lo había *sapiado* con la policía. Se ríe ante mi asombro. Me confiesa que se entera por boca de ellos mismos, a quienes los ladrones, proxenetas y jíbaros de la zona les deben pagar su vacuna para mantenerlos a raya.

—Aquí siempre va a haber mucho criminal, porque es la autoridad la que se encarga de mantener aceitados todos estos negocios.

Con los tragos se le suelta la lengua. Me revela que también le da la liga a ese viejo celador para que le campane cuando la cosa se pone caliente o para hacerse el

de la vista gorda, el *yo-no-vi-nada*, al asaltar a una de sus incautas víctimas.

—Es que es mejor tener amigos que plata. —Y brinda a mi salud.

Si se hace un buen atraco y saca un jugoso botín, sin obligaciones ni familia que mantener, se va a los *grilles*, *stripteases* y demás lupanares de la Caracas. Con orgullo afirma que se conoce al dedillo todos esos huecos; garitas de apostadores y cuchitriles clandestinos. Se ofrece a llevarme cuando yo guste. En esos antros se lo gasta todo en un par de días y sale más descobalado de lo que entra... para luego volver a empezar.

“*Cuatro puertas hay abiertas / al que no tiene dinero: / el hospital y la cárcel, / la iglesia y el cementerio*”; me canta ya borracho, imitando la voz nasal de Daniel Santos. Y aclara que está muy cansado de andar pegándose de chichipatos y muertos de hambre que andan peor que él...

—¡Como usted!... —me dice—. Es que la clase media de este país va de pa bajo, porque todos terminan votando por los corruptos de siempre; los pobres no votan o les pagan por votar. Los ricos les ponen un par de opciones a la clase media para que crean que tienen poder de decisión y ellos hacen caso, muy obedientes —me dice malicioso, mostrándome en una mueca insolente su dentadura curtida de alquitrán por el Pielroja sin filtro que le baila a medio prender en la comisura de su mostacho.

Además, se queja de que el trabajo anda muy malo, sobre todo porque abunda la competencia.

—Cada día salen más, como las cucarachas.

Agotado de vivir del diario, preocupado por las palizas tan duras que les están dando a los que agarran (en la última lo dejaron de cama casi un mes, porque ahora la gente no come cuento), me confiesa que busca la manera de hacerse a un buen plante para dejar de robar y dedicarse de lleno a jívaro, que es lo que siempre ha dado más plata.

—Porque usted sabe que este país es la mata de los vicios. Sobre todo el perico, *Made in Colombia for export*. —Me regala una sonrisa ladeada—. Ah, también las pepas y otros sintéticos, muy apetecidos en las discotecas de la zona rosa de La Calera y la 93, donde esos hijos de papi no recatean con tal de meterse un veneno de calidad.

Se acaba la botella, nos damos la mano y sellamos el pacto de caballeros, de que en adelante no me la va a montar más.

—Conste que, si lo hice, fue porque no puedo perder la plaza. Si me descuido, me roban la clientela. Me sacan de circulación porque creen que me estoy poniendo blandengue. Por eso es que a veces toca atracar a gente así de pelada como usted. Primero por visaje; para mantener la fama, porque lo importante no es llegar sino mantenerse. También lo hago por ocio; así uno sepa que no va a sacarles sino miserias. Por diversión también; esas caras de susto no tienen precio. Y por vértigo, ¡qué hijueputas!, en el fondo a uno también le da sustico, no crea, eso lo mantiene a uno en la jugada, porque uno se va oxidando y cuando se da cuenta, está muerto en vida —pontifica, con los ojos brillantes.

En adelante, cada vez que paso por la esquina, nos saludamos.

—Qué más, Chepe, ¿cómo va todo?

—Ahí en la lucha, porque esto anda muy malo. No me valen ni las promesas al Divino Niño del Veinte de Julio.

Siempre me contesta lo mismo: que la situación anda muy dura, que ya no hay a quien atracar, que no es como antes que en un solo bolso se libraba la noche, que en un raponazo se hacía el agosto, que antes a los borrachos se les veía la plata, que todo el mundo anda muy pelado, que la recesión nos tiene jodidos, que es culpa de ese gobiernucho de pícaros que nos tiene al pueblo así de varados, que la inflación, que nos tienen precarizados, que vamos de culo...

—Esto se tiene que componer algún día porque... ¿qué sigue después de tocar fondo? —me pregunta.

—El fondo del fondo —le digo yo, que tampoco levanto cabeza.

—Míralo tan ocurrente.

—Y dele gracias a Dios que no anda de guionista, porque ahí sí estaría jodido.

—Pues si está llevado del putas, agáchese y “me-lo-drama”. —Me guiña un ojo y se larga a reír pelando sus dientes de alquitrán.

No deja de saludarme con buena vibra. Ni siquiera cuando simulo que no lo veo porque en ese momento está trabajando. Entonces relaja su ceño fruncido mientras agarra a su cliente de la camisa para que no se le vuele, y me grita de acera a acera:

—Qué más, Ferchito, ¿consiguió plata que ya no conoce?... No es sino que diga para volverle a hacer la vuelta.

—Nada, home, igual de jodido.

—Usted ya sabe, no es sino que se manifieste, que ahí le abro campito.

—Gracias, hermano.

—Las mejores, manito.

—Que le rinda –le deseo.

Se despide con una sonrisa pícara ante la mirada incrédula del paciente que lo aguarda con billetera en mano (quien aprovecha el descuido para meterse lo que puede dentro de los pantaloncillos). Hasta que el Bigotudo vuelve a templar su rostro para dejar el recreo y finiquitar el trabajito que ha dejado a medias.

Otras veces me lo topo libre.

—¿Entonces qué, una canequita fiada para atemperar este frío o qué? –invoca frotando sus palmas.

Y le alcahueteo la beba de brandi. En esas me cuenta que está juicioso, que se muerde la lengua y se aguanta las ganas para no ir a despilfarrar las ganancias en prostíbulos. Que viene ahorrando; ya casi tiene el plante para comenzar su negocio de jíbaro, patrocinado por unos duros a los que les ha caído en gracia, porque les ha cobrado unas deuditas...

—Un par de rodillas rotas, uno que otro agujerito. Vos sabés cómo hay que tratar a los que se quieren pasar de avispados –me dice. ¡Como si yo supiera!

Después de eso se pierde varias semanas. Y nadie sabe de él.

Hasta que una noche paso la Caracas. Está más enlodada y destruida que nunca a causa de los incesantes

aguaceros de noviembre. La calle abierta ahora es una herida enconada; con tubos dispersos como venas podridas que esperan ser injertadas, retazos de concreto como costras esparcidas y tierra que parece carne molida putrefacta. Entre máquinas oxidadas, los obreros no tienen ni alientos de levantar sus pancartas, ni de corear consignas de huelga. Si mucho, hacen fila para reclamar su porción de changüita de la olla comunal. Todo es parálisis. En el puesto de revistas de la esquina *El Espacio* titula: “Otra vez esa platica se perdió”. Y voy a llegar a casa, cuando se interpone aquel tipo.

Viste una chompa negra, con la capucha puesta, donde apenas alcanzo a ver unos ojitos rojos, puntillosos, unos labios agrietados, morados, resecos. “Me agarró la parca”, pienso. Me toma del cuello con su mano húmeda, me presiona el estómago con un destornillador largo y afilado.

—¡No vamos a volver a empezar! —me digo, atormentado.

Le pido ayuda al cielo para que interceda con un auxilio.

De pronto, escucho un silbido providencial desde el otro lado de la acera. Es el Bigotudo, que emerge de las sombras. El de la chompa voltea a mirar.

—A ese no —le aclara Chepe en la distancia.

—Te salvaste, puto —me dice el de la chompa y me suelta de un empujón que me zarandea.

Me hace un rayón en la mano, y se aleja revirándole a Chepe.

—¡Cómo lo vio! ¿Asusta, no? —me dice el Bigotudo, orgulloso, mientras cruza la calle.

—Que si qué.
—¿Le alcanzó a hacer algo?
—Un rasguño no más. Mil gracias, hermano, me salvó la patria —le sonrió agradecido.
—Es que estos pelados de ahora arrancan empujados.
—¿Y ésta no es su plaza?
Andaba perdido en otros negocios.
—¿Se le adueñaron del territorio?
—No, qué va. Primero me tienen que pasar por encima con una aplanadora de esta calle que nunca van a terminar.
—¿Y él es...?
—El nuevo reemplazo...
—¿Y de dónde lo sacó?
—Del barrio... usted sabe... Los pillos, las putas y los polochos venimos del mismo lugar.
—Entonces lo tiene en periodo de prueba.
—... mientras termino de cuadrar unos asuntos...
¿Adivine?
—Qué... ¿le resultó lo de la merca?
—Ya estoy a punto.
—¿Va a dejar sus dominios por aquí?
—Ni riesgos. A ese pelao se los voy a dejar como franquicia.
—¿Cómo es eso?
—Fácil, él se hace lo suyo y me da una comisión.
—¿Y si el man le falta?
—Pues lo aviento y lo mando enjaular.
—¿Y si se rebela?

—Pa eso están los tombos.

—Véalo, tan ejecutivo que se ha vuelto.

—Pa que vaya viendo... Además, hay que darle oportunidad a la cantera. Ya estoy viejo para seguir correteando por migajas. Yo voy es por la chupeta grande.

—Pues felicitaciones, Chepe... Y nada, aprovecho para despedirme porque yo me vuelvo a mi tierrita.

—Ah, sí, ¿y qué le chocó?

—Lo de siempre; los del canal mandaron a la mierda la telenovela que estaba escribiendo: *Amarte así*... la cancelaron por falta de *rating*.

—No es sino que me diga... Y ponemos a marcar calavera a esos yupis, para que escarmienten... usted sabe que capar a esos perros de pedigrí es lo que más disfruto.

—Muchas gracias, pero deje así —le contesto precavido.

—Conste que se le ofrece con mucho cariño.

—Todo bien. Que le acabe de ir mejor.

—¿Y cuándo se va?

—Empaco y me largo.

—Pues, cuál es el afán. Mire que esto se compone... Usted tiene su presencia, habla todo educado, y se le ven sus buenos modales. Si usted quiere, lo pongo a camellar con el primer lote que me llegue. Así deja de escribir tanta maricada que nadie le valora. Se pasa las noches bien chévere, de rumba en discotecas con gente toda aliñada. Se levanta nenas bien ricas que hacen lo que sea por su dosis. Así usted se gana lo suyo, me da lo mío y todos felices. Y quién quita, hasta hace relaciones con gente de la farándula, que lo lanzan al estrellato.

—Usted sabe cómo soy de gallina... aunque se le abona el interés.

—Es con todo cariño, y ya que se va a ir...

Se queda en silencio. De repente me mira con un destello de malicia.

—¿Qué?

—Pues vamos para su casa.

—¿Cómo así?

—Para darnos la despedida que nos merecemos.

—Es que allá no hay nada.

—Pues compramos una canequita de brandi. Usted empaca y adiós que te vi.

—Es que estoy de afán.

—Si en la terminal salen buses a toda hora... ¿no me diga que me va a hacer el desplante?

—Nada, todo bien. Mejor dejemos así.

—Un momentico... —Y saca de su bolsillo aquella vieja amiga afilada, otra vez. Me la pone a la altura del cuello—. ¡Vamos para su casa le dije!

—Chepe, ¿en qué quedamos?

—Vamos pa su casa ya.

—Pero...

—Nada.

Entramos al apartamento, destapo la botella y me hace brindar. Luego me dice que vaya empacando para que no me coja la noche, mientras él va y viene como un león enjaulado, reparando en todos los rincones. Le echa un vistazo al viejo televisor maletón, luego se va a la cocina y revisa el fogón de gas, mientras juega a darle vueltas a la navaja.

—Por esto no es que den mucho, pero peor es nada.

—¿Cómo así? —le pregunto, preocupado.

—Pues como usted se va, me llevo estas cositas y usted dice que le robaron. Ni cuenta se van a dar.

—No, yo no puedo...

—Sí puede. No quiere, que es otra cosa.

—¿Qué se va a pegar de esto? Esto es pura chichigua; nada le van a dar por ese televisor viejo y menos por esa cagada hornilla que ni prende.

—Lo que den.

—Qué se va a dañar más la espalda cargando esos armatostes inútiles... ¿O es que está muy embalado?

—Pues me falta algo de billullo para completar el plante.

—Más fácil se lo consigue en la calle —sigo intercediendo para tratar de convencerlo.

—La calle está muy dura.

—Más duro es que le saque algo a esta chatarra.

—Eso es verdad... Permiso.

Me aparta con la mano. Comienza a revolver mi maleta metiendo la navaja en el fondo... Toca algo sólido y saca mi computador portátil.

—Tiene razón, mijo... le figuró dejarme esta máquina suya, porque yo de aquí no me voy manivació.

—Chepe, por Dios, si este es de los viejos. Tampoco le van a dar nada por esta cáscara.

—Más que por el televisor sí.

—¿Y me va a dejar sin camello, hermano? Esta es mi única herramienta de trabajo. Ahí sí mejor claveme el puñal, que me deja en la mera chanda.

Toma el computador, lo pone en la cama, lo abre y se sienta a contemplarlo.

—Más bien, sírvase el arranque antes de que me haga chillar a mí también.

Voy al nochero. Al tomar la botella siento unos enormes deseos de quebrarla y rajarle el cuello. Pero sirvo dos copas dobles, rebosantes, para largarnos antes de que al Bigotudo se le ocurran más ideas. Brindamos fondo blanco de mala gana.

—¡Por la amistad! —dice el Bigotudo.

—Porque a los amigos no se les faltonea —le contesto, como última opción para conmoerlo.

Achina su mirada sagaz, desconfiada, se echa a reír y cierra el computador.

—Bueno pues, señor guionista... para no dañar el final feliz de esta historia, llévese ese tiesto.

—Dios se lo pague, Chepe. Tiesto y todo, esta maqui-nita es lo único que me da la papita.

—No nos pongamos sentimentales tampoco, que es un cagado computador.

—Es el favor, eso demuestra lo buen tipo que es usted.

—Fresco que tampoco voy a llevarme ninguno de estos corotos. Usted tiene razón, es más el encarte.

—Muchas gracias. Y bueno, acabado el trago y empa-cadas las maletas, no nos queda más que irnos.

—Pues la mejor suerte, Ferchito. Ya sabe que si se ani-ma a volver por estos lares, me busca. Lo invito a que cele-bremos por lo alto, con un bacanal ni el hijueputa y ahí sí no me va a despreciar.

—Seguro que sí.

—¿Me va a despreciar?

—Ni riesgos. Después de la peladez que me tocó aguantar aquí, que me ofrezca mujeres, trago y vicio gratis, ¿quién se puede negar?

Nos damos un fuerte estrechón de manos. Tomo mi maleta, y avanzo hacia la puerta... Como veo que el Bigotudo no se mueve, me doy la vuelta.

—Vamos pues.

—Vamos es mucha gente.

—¿Cómo así?

—Usted se va y me deja las llaves —me dice con su cara rígida, impasible.

—Chepe, se lo pido por lo que más quiera...

—Pues déjeme le explico corto y clarito, pa que nos entendamos: esto lo que está es muy bueno. Aquí puedo vivir, comer, cagar, pichar y almacenar la merca. Estoy a dos pasos de mi plaza para mantenerla supervisadita, ¿qué más se le puede pedir a la vida?

—Chepe, esta casa es de una amiga que regresa del exterior en una semana.

—Por eso, váyase tranquilo. Usted no tiene más velas en este entierro. Cuando vuelva su amiga, ahí no dejamos de arreglar.

Desesperado me meto la mano dentro del pantalón. El Bigotudo se pone en guardia estirando la navaja.

—Uy, Ferchito, no es para tanto. Ni me lo vaya a pelar que a mí no me gustan los manes.

Parece que se calma al ver que saco el fajo de billetes de mi último pago.

—Por favor, solo déjeme el pasaje y salgamos de aquí —le suplico.

—Muy tentadora su oferta... —cavila un rato mirando la plata—. Pero ¿no entiende que le estoy haciendo el último favor? No se haga matar por algo que no es suyo.

Como aquella vez que me le enfrenté, me dobla aquel odioso índice sin uña, para que me acerque. Resignado, dejo caer las llaves sobre la palma de su mano. Y me canta: *“Juega con tus cartas limpias / en el juego de la vida. / Al final nada te llevas, / vive y deja que otros vivan”*.

Cuando traspaso el umbral, me silba. Y lo veo cómodamente acostado en la cama, con aquellos odiosos zapatos de charol blanco recién lustrados y la suela untada de lodo de cañería.

—Muchas gracias, Ferchito. Hacerme amigo suyo es el mejor atraco que me ha salido en la vida.

Toma el control remoto y enciende la tele, justo en el intro de la telenovela *Amarte así*.